

ció imminent i àmplia. No cal parlar del Pirineu, la més important de les nostres zones de muntanya, puix és del domini públic la imperiosa necessitat de conservar-lo, i realitzacions com la carretera del santuari de Núria o els molts projectes de noves estacions d'esports d'hivern exigeixen un seriós replantejament per no trobar-nos altra volta amb la trista política dels fets consumats. No és que no hi hagi d'haver carreteres ni estacions d'hivern; el que cal, és que si hi són, no sigui en detriment del medi natural.

El Pre-Pirineu, juntament amb la Serralada Transversal, és l'altra gran zona muntanyosa de Catalunya, i cal conservar-la també a qualsevol preu. Amb la seva riquesa paisatgística, donada per la varietat de formacions geològiques i de vegetació, compta amb indrets excepcionals: pensem sobretot en la meravellosa serra de Catllaràs, i també en els Rasos de Tubau, les serres de Milany i Puigsacalm, el Collsacabra, el Pedraforca, el Cadí, el Moixeró... i en fi, gairebé la totalitat dels relleus que s'hi inclouen, i que, sense arribar potser a l'exuberant bellesa dels primerament anomenats, són mereixedors d'ésser conservats i protegits de qualsevol atac o degradació.

El mateix es pot dir d'altres zones, més limitades per la seva extensió però no pas per llur interès i bellesa: El Montseny, l'alta Garrotxa, Sant Llorenç del Munt, Montserrat i els per molts anys, poc trepitjats Ports de Tortosa, Orta de Sant Joan, Arnes i Beseit. Aquest conjunt orogràfic, d'intrincada geografia, està vist que serà el futur racó natural de menys degradació del país, si les pistes i la deforestació abusiva no el degraden.

I no vol dir això que la resta del territori no hagi de gaudir de la protecció adient; creiem que aquesta protecció ha d'emparar tot el país, però potser caldria establir dos nivells pel que fa a la seva intensitat: en el nivell que podríem dir-ne «especial» aquesta protecció hauria d'ésser equivalent a la que s'estableix per als Parcs Nacionals, i hauria d'acollir els paratges naturals de més bellesa o més importants. I el segon nivell, si bé permetent activitats industrials, urbanes o turístiques, ho hauria de fer mantenint intactes els valors naturals. El cas de Stradford on Avon, és una bona mostra, del que pensem podria ésser aquest segon nivell de protecció, extensiu a tot el territori català no emparat per la normativa de Parc Nacional.

Que tot això és ara per ara una utopia? Potser sí. Però si volem evitar que el nostre país, a poc a poc es faci inhabitable, cal que tot sigui, i ben aviat, un fet. I si aquesta és una preocupació constant dels homes que han de tenir a les mans el govern de la Generalitat, tenim esperança en l'esdevenidor.

**Manuel CORTÈS**

## EL DÉCIMO DÍA

*Una penosa tarea se impuso a todo hombre y un pesado yugo oprime a los hijos de Adán desde el día en que se salen del seno de su madre hasta el día en que se vuelven a la tierra, madre de todos.*

(Libro del Eclesiástico).

Era el tiempo en que los días eran pálidos y tristes, el aire respiraba el aliento del cáncer y la tierra gritaba ante el dolor que estremecía sus entrañas. Las gentes tenían la mirada baja y hablaban en silencio. Las mujeres no querían parir hijos porque éstos tenían cuerpos extraños, por el contrario los animales eran hermosos; seducidos por tanta belleza, las mujeres amamantaron las crías y por primera vez en el Universo, el animal se convirtió en hijo del

hombre. Y con el paso del tiempo el animal aprendió a caminar junto al hombre y a ser sumiso cuando debía ser inmolado por éste. Era el tiempo en que el sol dibujaba su sonrisa en el espejo de la tristeza, exigiendo el sacrificio de las vírgenes para aplacar la sed de la sequía. Temeroso el hombre escondía la cabeza en su vientre implorando misericordia y confesando públicamente todas sus faltas. Y el llanto era continuo y amarga la vida y por cada jornada era mayor el reino del miedo. Nadie osaba preguntar por qué vivían con miedo, nadie recordaba el instante en que empezó a latir el tiempo y una extraña luz les calentó los huesos para dejarlos después en la soledad de las tinieblas y con la huella del pánico grabada en la frente para evitar toda voz de consuelo o rebeldía. Era el tiempo en que el silencio era la palabra y un mismo dios el de todos. Era el tiempo de la no voluntad. ERA

EL PRINCIPIO DE TODOS LOS TIEMPOS. Inexorablemente una voz resonó por todo el Universo proclamándose Dios. Después calló y con el silencio el hombre despertó del miedo, abrió los ojos y empezó a reconocer a sus semejantes nombrándolos con las palabras: padre, hermano, amigo... Los labios todavía no conocían la sonrisa, dibujaban extrañas muecas de incompreensión, temblando ligeramente al sentir rozar el aliento del cáncer. No existían las clases, extrañamente eran iguales en peso y estatura, sin belleza porque la tristeza todavía persistía oculta y disfrazada de fealdad, aniquilando la esperanza. Y seguía el tiempo de la no voluntad acorralando a los hombres en el abismo de la tierra. EL SÉPTIMO DÍA se apagaron las luces del Universo, crugieron los huesos de la tierra apoderándose una extraña quimera de todo ser vivo. Y por primera vez el hombre albergó una leve esperanza, trepando a las cimas de las montañas para arrancar de sus gargantas el grito virgen que aniquiló el silencio de las palabras, descubriendo los ojos los cuatro Jinetes del Apocalipsis que descendían de los cielos llevando en sus carros de fuego una fortaleza que depositaron en la montaña más alta. Y el hombre contempló la primera belleza y nació en él el primer sentimiento. Con gratitud el hombre se postró de rodillas y rezó a la belleza que ofrecía la montaña más alta. De este modo se escuchó el primer latido del Universo, devolviéndole al silencio su identidad con el aire, éste besó la luz y su calidez dejó que la compartiesen el agua y la tierra. El aire sintió frío y se acercó a la luz, ésta le rechazó con una espesa capa que la tierra llamó cielo, así el aire osciló entre cielo y tierra. La luz tuvo sueño y las sombras del olvido se acercaron a la tierra para decirle que ellas eran la noche. Y el primer sueño reinó en el Universo ante la despierta complacencia de la noche que veló el sueño de la luz. EL OCTAVO DÍA bebió las aguas separando las tierras, parió la flor y la espina, clasificó la distancia entre la luz y la sombra y la llamó: día; como las sombras se adueñaron de la noche, la luz hizo lo propio con el día y así el tiempo fue clasificado. La tierra sonrió y acarició su interior, complacida el agua hizo lo propio y de su unión nació la vida; La tierra la sentía en sus entrañas, alargaba sus brazos y piernas para dejar que la primera arrogancia tuviese existencia y complacida de su fuego la tierra lo llamó volcán. De este modo la tierra rompió su uniformidad y lo agradecieron los elementos, lamiendo con su hálito los valles y las montañas, recordando con su lluvia que ellos eran también hijos de la tierra. Con la lluvia la tierra adquirió color, poblándose de verde, amarillo... cogió todos los colores y se los ofreció al cielo en forma de arco, éste abrió sus brazos y besó la tierra, entre los dos dieron nombre a los colores llamándolos «Arco Iris». Y el aire era menos denso y las palabras adquirieron significado en boca del hombre. Descubrió que las manos tenían utilidad y lo mismo ocurrió en la mujer y nació el contacto y con él la caricia, inventando las bo-

cas el amor, éste dio su fruto y se le llamó hijo. Y los animales se postraban al paso del hombre aclamándole como dueño y señor. Y el hombre por primera vez sonrió y descubrió la felicidad y obró según su ley natural y formó su propia familia. Y nombró las cosas y lugares teniendo cada cual su propio significado. Y en la quietud de su felicidad el hombre repetía: amor, amigo, hijo... Y percibió el olor de las flores. Y vio como los prados pellizcaban la raíz de la tierra para escuchar el primer poema que terminaba justo donde la tierra besa el agua para llamarla: mar. Agradecida por tan bello nombre, el agua bailó al compás del rumor de sus olas, sintiendo con profunda ternura el roce de los dedos del Universo, extasiados en la contemplación del Arte mientras se acercaba el atardecer del octavo día. El sol estaba ocultándose y el cielo se acercaba con un rojo intenso, con los ojos doloridos y babeando fuego, dejando oír los poderosos latidos de su corazón que rompián los tímpanos del hombre porque alguien había creado el relámpago y la tormenta, asustándose el hombre de ello, sintiendo que el miedo estremecía su piel, palpando la cruenta realidad de ver a sus seres queridos morir ahogados en la falda del valle. El hombre lloró y temió a la muerte, implorando alzó los ojos al cielo en busca de piedad pero ninguna respuesta le fue dada, sólo silencio, un estremecedor silencio que helaba la sangre. Agonizante la noche desplazó el atardecer, llorando fue en busca del hombre para encontrar una mutua consolación y maldiciendo a quien había descargado la tempestad que había aniquilado a tanto ser vivo. Ningún hombre encontró a su paso, únicamente trozos de cielo vestidos de azul que la rodearon para dejarla frente a la muerte, adquiriendo ésta forma de mujer, esbelta y altiva comía el primer fruto de la tierra mientras manos invisibles la estaban desnudando. ¡Oh cuanto horror sintió la noche al ver que el cielo había dejado en manos de la muerte el pecado! La noche sentía su propia agonía y su sexo era violado por la arrogancia del sol. Lánguidamente, las dos luces se llevaron los últimos lamentos de la noche y el NOVENO DÍA era anunciado por las trompetas de los ángeles, que despertaron al hombre de su sueño de barro, exigiéndole amor y lealtad a Dios. Bautizándole con el nombre de Abel y llamando a la sombra que proyecta su cuerpo: Caín. Y los ángeles regresaron al Edén de los cielos intentando olvidar la primera pregunta que leyeron en los ojos del hombre. ¿Por qué en un mismo cuerpo Caín y Abel? ¿Por qué la guerra? ¿Por qué?

*Barcelona, 1978*  
**Fidel VILANOVA**